

Concurso navidad Capitulo 2

Claudia Duarte Rocha

Image not found.

Capítulo 1

****"Concurso Navidad" está escrita para llegar a las 50,000 palabras en 30 días o menos como lo indica el evento NaNoWriMo 2017 por lo que pido disculpas anticipadas por mis horrores ortográficos y de redacción, pues escribo a todo lo que dan mis dedos pues sólo dispongo de máximo una hora al día para hacerlo. Me llevará al menos otros 15 días terminado el evento, para corregir mi libro y presentarles la versión final. Gracias de antemano, por leerlo y agradeceré aún más sus comentarios para que se convierta en la gran historia que deseo, llegue a ser. Feliz lectura.****

II

El nuevo grupo era muy reducido. El director Zomara no pudo sentirse tranquilo, había estado viendo los expedientes de cada niño en la ciudad y sus alrededores que pudiera ser aceptado en su institución. Antaño incluso se habían puesto muy exigentes para aceptar a alguien, tenía que tener determinadas características para que su educación fuera un éxito, ahora ya no podían darse ese lujo: entraban todos los que vivieran cerca de su perímetro e incluso ese mismo año habían iniciado con una campaña que permitía a los padres solicitar que su hijo ingresara en la institución. No había tenido tanto éxito como esperaban. Lo habían implementado el resto de los institutos de la ciudad, ya no serían solamente asignados sino que podían decidir a cual asistir. Se pensó al principio que era injusto para las otras instituciones siendo Ciopromo el favorito, pero pronto cayeron en la cuenta de que aun siendo una de las mejores instituciones del mundo, apenas recibía solicitudes, al igual que cualquier otra de su ciudad.

Ahora estaban ahí, esos pequeños que eran la esperanza de un futuro cada vez mas incierto en el que ni siquiera estaba segura de la supervivencia del ser humano y esta vez no era causado por guerras, hambrunas o enfermedades como los antiguos registros de historia dejaron constancia, sino por la propia naturaleza que, al parecer, había decidido que ya no los quería más en ella y los humanos seguían resistiéndose a desaparecer.

Ese año apenas habían recibido dos solicitudes para aceptar a nuevos niños y esa misma mañana una solicitud de un instituto en la lejana ciudad Dencia, al otro lado del mundo, para transferir a un pequeño alumno al que ya no podían seguir educando para perfeccionar sus talentos. La carta era como si describieran a alguien sumamente especial:

"Estimado director Zomara. Las siguientes líneas son para solicitar de la forma más atenta considere la posibilidad de aceptar a uno de nuestros

alumnos en modo de transferencia o intercambio (si desea que nuestra institución ayude a uno de sus pequeños) pues lamentablemente ya no podemos aportarle más a su educación especializada.

Este pequeño ha sido llamado Richie Dhiötini por sus padres, el padre granjero, su madre Ingeniera en suelos, tiene una hermana mayor formándose para Pediatra que estudia también en esta institución, incluimos un informe completo sobre sus estudios desde la gestación con esta carta.

El pequeño desde su más temprana edad mostro un gran talento para la música, nosotros contamos con excelentes profesores para esta área tan poco común asignada por nuestro sistema, pero el pequeño, que ahora cuenta con 10 años, ha exprimido cada conocimiento de 15 profesores no solo de esta institución sino de otras de nuestra ciudad y nuestro pequeño continente, por lo que llegamos a la conclusión de que el único lugar en el que puede seguir progresando es en Hendiro, hogar y sitio principal de trabajo del gran músico Citari Bolfreo. Sabemos que es algo sin precedentes solicitar apoyo para educación a alguien que ya ejerce la profesión para la que fue formado, pero el señor Bolfreo ha accedido amablemente a dedicarle un par de horas a la semana a nuestro pequeño prodigio, pero fue con la condición de que fuera en la ciudad de Hendiro.

Presentamos la propuesta a nuestro gobierno y el suyo y nos han concedido el permiso. Solo falta asignarle una nueva institución a Richie y todos sus asesores y profesores estuvimos de acuerdo en que su institución es la única que puede ofrecerle la educación complementaria que el necesita.

Esperamos poder contar con su apoyo y comprensión

Gracias por su atención.

ATTE. Director Sammuél Achievko, Instituto Violetta."

Había revisado minuciosamente los expedientes adjuntos a aquella inusual carta. Era impresionante el historial del pequeño. Aun cuando todavía no cumplía 4 años ya estudiaba música en casa de sus padres que no dudaron ni un instante en proporcionarle toda la ayuda que les era posible, incluido un profesor privado, de los pocos que había en su ciudad y había sido aprobado por su gobierno al notar el creciente talento que pocas veces se daba ya en esos días.

Observó a los dos pequeños que había aceptado sin dudar al recibir las solicitudes, tal vez no cumplían sus antiguos requisitos para ser aceptados, pero en poco tiempo había notado un gran avance en sus respectivos desarrollos así que no se arrepentía en lo más mínimo de su decisión. Al ver nuevamente al resto del grupo no pudo evitar sentir

tristeza de ver cada vez menos alumnos y menos personas al salir a pasear los domingos. Tenían que encontrar la forma de sobrevivir.

Marisol observaba curiosa a los nuevos ingresos.

-Te dije, Fedrin, puros niños. Esto es muy raro.

-No es nada raro, Sol. No es ningún secreto que los nacimientos escasean hoy en día y más los de niñas. Pronto seremos declaradas oficialmente extintas- dijo con una sonrisa teatral a Marisol para luego meterse la cuchara llena de puré de ciruelas a la boca.

Marisol la miró frunciendo su ceja izquierda y torciendo la boca. Fridan era del mismo Hendiro, sus padres habían solicitado su ingreso ahí y ella estaba siendo educada para ser reportera y sabía por qué: le gustaba enterarse de todo de todos y le encantaba platicarles a todos lo que había descubierto, pero nunca decía nombres ni sus fuentes. También sabía cuando mantener la boca cerrada, nunca aumentaba ni disminuía la realidad de lo que contaba, era completamente confiable y tenía un sentido del humor muy extraño que Marisol no siempre entendía. Le apasionaba la historia así que se la pasaba en la biblioteca o los jardines (si el clima lo permitía) leyendo y aprendiendo sobre los antiguos humanos.

-Y si nos extinguimos, ¿como van a nacer más personas?-preguntó Marisol.

-Eso es fácil: una maquina los fabricará.

-Fridan, eso es lo más loco que te he oído decir. - metió su tenedor en su pasta y la remujo en una salsa de mostaza para comerla con toda delicadeza.

-No es imposible. Ya se ha hecho antes, hace unos mil años.

-Cierto-Marisol movió la cabeza afirmativamente-pero recuerda que de todas formas una mujer cuidaba el producto en la máquina.

-La máquina podría perfectamente llegar al término de gestación sin que interviniera nadie-le replicó apuntándola con su cuchara.- No es que los humanos de esa época fueran muy paternales de todas formas; si al niño lo cuidaba una maquina o sus padres biológicos daba igual. Al menos la maquina lo educaría mejor... y le produciría calor.

-No sabemos cómo eran los padres de entonces. - Marisol se limpió las

comisuras de la boca para después beber de su vaso un poco de agua.

-Claro que lo sabemos!- intervino un compañero sentado frente a ellas- por poco matan a sus propios hijos de tan bien que los cuidaban.

-Cierto, cierto- secundó Fridan.-No estaríamos en esta situación tan precaria si los humanos de antes hubieran sabido educar bien a sus hijos.

-Y no nos tendría que educar el gobierno y separarnos de nuestros padres si se pudiera confiar en ellos - continuó el niño con tristeza en la voz.

Su nombre era Ivan, era tan blanco como la leche pero tenía el pelo tan negro que era como estar viendo una fotografía monocromática. Su historia era triste. Sus padres no eran como los de Marisol: eran fríos, distantes, dedicados completamente a sus trabajos y su deber con la ciudad. Él estaba seguro que habían decidido "producirlo" por el mismo deber que sentían con la humanidad.

La historia de la mayoría de los alumnos que procedían de Hendiro era bastante parecida. Marisol se sentía muy afortunada de haber nacido en un lugar tan remoto como Cabo de Fuegos, donde, cada padre que ella conocía era cariñoso con su hijo, le daban todo el amor que podían para que no le hiciera falta más cuando se separaran tal vez para siempre. Cómo le gustaría que cada uno de esos niños, adolescentes y adultos que se habían convertido en su nueva gran familia hubieran tenido una familia como la de ella, tal vez sonreirían más a menudo y no los vería tan pensativos todo el tiempo. Procuraba no hablar mucho de sus padres y de la otras personas de su ciudad por temor a hacerlos sentir mal de alguna forma. La única que sabía todo sobre ella era Fridan y ella sabía toda la historia de su mejor amiga y de unos pocos más. Todos eran muy reservados con su vida antes del instituto. Siguió comiendo pues pronto iniciarían las clases vespertinas. A pesar de haber iniciado todo contra su voluntad poco a poco se dio cuenta que su profesión le gustaba mucho y, tal como le había dicho su primer día su asesora, pudo sacarle más de una sonrisa a más personas de las que podía recordar con solo mostrarles sus diseños. Era un orgullo para aquella mujer que seguía dándole consejo cuando lo necesitaba. La miró sentada hasta el otro extremo del gran comedor, junto a los otros profesores usando una peineta que le había obsequiado para su cumpleaños la semana anterior. Realmente se veía contenta, tal vez debería dejar a un lado su sueño de ser compositora y ser una gran modista. Pero por más que lo intentara, sabía que no podría hacerlo. Por qué limitarse sólo a uno de sus grandes talentos si con los que tenía podría lograr mucho más? No sabía cómo pero iba a lograr demostrarle a todo el mundo que ella también era capaz de marcarse un camino y al mismo tiempo ser provechosa para la humanidad, y tal vez así, ser realmente feliz como lo había sido cuando niña y contagiársela al

resto de las personas.

El profesor Niu Gytokde estaba sentado justo frente a la profesora Glynda Detile. Observaba encantado su peineta nueva que hacía parecer que traía un amanecer en miniatura entre sus delicados cabellos rubios que siempre usaba recogido en un perfecto moño en lo alto de su cabeza. Desde el primer día que la había visto usarla su semblante era otro, como si el mismo sol se hubiera colado de ese abalorio a sus ojos. Supuso que algún pretendiente se lo habría obsequiado el día de su cumpleaños. Le hubiera gustado haber sido el primero en dar con un obsequio así y poder acercarse un poco más a ella, no solo profesionalmente. Las nuevas propagandas que hacía el gobierno por entablar amistades era algo que lo motivaba cada día a invitarla a sentarse juntos en los descansos de clases, o tal vez salir a pasear algún domingo, pero cuando estaba a punto de hablar y pedírsele el sólo mirar sus ojos castaños. Con esas enormes pestañas rizadas lo dejaban mudo y terminaba preguntándole cualquier tontería sobre algún alumno que tuvieran en común. Ella era profesora de diario vivir, que enseñaba a los niños a comportarse entre otras personas, modales, conductas apropiadas o inapropiadas de acuerdo al lugar en el que estuviesen. Y además era confidente de muchos de ellos, era una cualidad poco común en un profesor que él admiraba mucho. Él, en cambio, era muy callado, era profesor de matemáticas de todos los niveles, no era de los que se la pasaban encerrados en su salón resolviendo problemas complicados y o que hablara sin parar dando la solución a algún ejercicio que sus alumnos no habían podido resolver. Todo lo contrario, pensaba que sus asignaturas no harían gran diferencia en las profesiones de la gran mayoría de sus alumnos y apenas terminaba su hora cerraba sus libros y despedía a sus alumnos para que descansaran un poco dictando cálculos que tal vez les resultarían inútiles el resto de sus vidas. Se le daba muy fácil entender aquellas cosas, por eso era profesor de matemáticas y casi nunca se preguntaba que otra profesión habría sido considerada alguna vez para él.

La campana que marcaba el fin del horario de comida puso punto final a su ensimismamiento. Levantó su bandeja y al igual que todos los demás puso cada plato, vaso y cubierto en una barra enorme donde rápidamente era retirado por el personal de la cocina que seguramente tendría todo perfectamente lavado y limpio en menos de una hora para ponerse a preparar la merienda. Se dirigió a su dormitorio a cepillarse los dientes, retocarse un poco el peinado y revisar que su traje gris a cuadros estuviera sin una sola arruga por haber estado sentado todo una hora. Había algunas marcas que no le agradaron mucho en las partes traseras de las piernas así que decidió cambiar de traje, otro también gris pero liso, decidió esta vez ni usar corbata; hacía calor y presentaba evidencia de que tenía calor frente a sus alumnos era algo inaceptable. Su cabello brillaba como un espejo de tanta laca que usaba, la línea que lo dividía en dos era perfectamente recta y aun así decidió pasar un pequeño peine para que ningún cabello se atreviera a salirse de su lugar en lo que

restaba de clases. Guardó en un cajón de su mesa el peine y sacó uno aún más delgado para cepillar su delgado bigote que caía a ambos lados de su boca. Lo usaban así en un lugar llamado China hacia muchos miles de años, según había visto en un libro de historia y supo en ese instante que él lo quería así.

Salió al pasillo donde saludo a varios de sus colegas que asistieron amablemente deseándose unos a otras felices clases. Justo antes de llegar a su aula, donde ya lo esperaban los alumnos de 12 años se topó de frente con Glynda que soltó del susto su carpeta dejándola caer a los pies del profesor Niu. De inmediato él se agachó a recogerla y se sonrojó al pedirle disculpas por haberla espantado.

-No te preocupes, ha sido también mi culpa - respondió ella con una tímida sonrisa mientras recibía su carpeta de ese hombre tan alto que resultaba a veces atemorizante.

-Que tengas una buena tarde, Glynda- se inclinó torpemente para despedirse y seguir su camino.

-Niu- le llamo quedamente Glynda, como eran las normas del colegio.

El profesor Gytokde se giró al instante y la miró inquisitivo sin darse cuenta. Ella agachó la cabeza y se aclaró la garganta para luego, después de dudarle un poco, dio tres pasos rápidos hasta situarse justo frente a él y sin levantar la cabeza lo miró a los ojos.

- Me agrada como te ves sin corbata- Sonrió, se dio la media vuelta y antes de que pudiera Niu siquiera parpadear ella ya había desaparecido por la esquina del pasillo.

Se tocó el cuello. Había olvidado abrocharse el último botón de su camisa, e instintivamente lo hizo. Pero cuando inició nuevamente su marcha se sintió extraño; apenas estaba asimilando que le habían hecho un cumplido y no cualquier persona, sino la mujer que tenía meses intentando abordar para ser amigos !y ella había dado ese paso! Al entrar a su aula con todos los alumnos ya listos para recibir su clase, les saludó sonriente sintiéndose lleno de una nueva energía que ni en sus épocas de recién egresado del Instituto pudo sentir. Tal vez su vida al fin, estaba a punto de dar el giro que muy en el fondo anhelaba: tener una familia o al menos un amigo verdadero.

-Abran sus cuadernos y anoten lo siguiente por favor. - Tomó una tiza y se giró a su enorme pizarrón negro perfectamente limpio.

Apenas hizo un trazo cuando se detuvo, tocó con su mano izquierda el botón de su cuello y lo desabrochó. Entonces comenzó a mover la mano tan rápido como era su costumbre y dictando al mismo tiempo lo mismo

que escribía.

El director Zomara estaba dando su ronda habitual por todas las aulas. Le gustaba hacerlo para darse cuenta él mismo si los alumnos progresaban de acuerdo al programa que, mes con mes con ayuda de la PIAE (Programa de Inteligencia Artificial para la Educación), trazaba para cada uno de ellos o de lo contrario hacer las correcciones pertinentes. Hace años que no recurrían a eso. Sus profesores se apegaban al plan de estudios de cada alumno y sus clases estaban diseñadas para satisfacer y cumplir la meta para cada fin de mes. Todos tenían acceso a la información de los otros profesores gracias al mismo PIAE así que estaban siempre sincronizados y en comunicación. Sólo el director conocía de memoria a cada alumno de la escuela y a grandes rasgos sus talentos, por lo que sabía cómo hablar con cada uno. Era algo que lo distinguía de la mayoría de los directores, pero él estaba convencido que, si el alumno se sentía cómodo con todo el mundo su potencial podía desarrollarse al máximo. Pasó por la clase de matemáticas de los alumnos de 12 años. El profesor Niu parecía muy animado y notó que no sólo no llevaba puesta corbata como era su costumbre, sino que no tenía completamente abrochada la camisa. Eso no iba contra ninguna regla del Instituto pero al ver su sonrisa supo el motivo de tanto ánimo. Siguió su camino. El alguna vez había sentido el mismo ánimo por una profesora de ingeniería genética de los alumnos de 20 años hacia mucho tiempo, no sabía cómo explicarlo pero su corazón latía como loco la primera vez que la vio haciendo anotaciones en un tablón de anuncios para los alumnos. Ni siquiera sabía su nombre. Él estaba llegando como nuevo director a la Ciopromo, pero nunca hizo nada pues ella lo veía con tal respeto que a él le parecía inapropiado invitarla a salir. Ella nunca lo hizo tampoco por lo que dedujo que no estaba interesada. Varios años después ella se unió en pareja al jardinero que hacía verse mágico esa gran escuela, habían tenido a un hijo que asistía a otro Instituto en la ciudad pero ella había decidido retirarse de la docencia sin mayores explicaciones. Nunca más supo de ella y no se arreviaa preguntarle al señor Fuentes por su salud. Nunca más quiso buscar a alguien, de todas formas no estaba en sus planes procrear y ya no tenía edad para hacerlo. Pero se sentía muy solo al llegar a casa cada tarde y sentarse solo a la mesa a cenar una comida de microondas porque a él nunca se le dio siquiera el poder freirse un omelette.

Le habían ofrecido tenerle un ama de llaves para que cenara al menos algo casero, ya que las otras comidas las hacía en la escuela pero él sentía que esa persona fuera quien fuera le quitaría algo de intimidad a su vida. Pero al menos tendría un poco de compañía. Ya era tarde para lamentaciones tenía casi 55 años y tenía a su cargo una institución a la que convirtió en una de las 5 mejores del mundo y de ella egresaban ciudadanos listos para dar lo mejor de sí mismos para el progreso de la

humanidad, fueran de la profesión que fueran. No había tenido pareja, no había procreado un solo hijo, pero hoy habían ingresado 24 niños a los que cuidaría y educaría como suyos. Y eso le ayudaba a dormir tranquilo y satisfecho por las noches. Pero no feliz.

El nuevo reducido grupo de niños ruidosos fue conducido a la entrada principal del imponente edificio. Ya la habían visto por la mañana, pero ésta vez los acompañaba el profesor Tomás González quien sería su tutor los próximos 15 años. Era un hombre de cabello encrespado y muy corto realmente agradable.

—Muy bien jovencitos— habló fuerte para hacerse escuchar por todo su grupo. Era el primero que le asignaban y quería hacerlo muy bien. —Hoy es su primer día en el instituto Ciopromo y seguramente algunos de ustedes están ansiosos de iniciar con su educación y algunos otros extrañan a sus padres.

Algunas cabezas asintieron pero la mayoría lo miraban fijamente.

—Lo mejor que pueden hacer ahora, pequeños, es esforzarse al máximo para que sus padres se sientan muy orgullosos de ustedes—. Se dio la vuelta hacia los jardines. —Hoy vamos a pasar el día haciendo un recorrido por todas las instalaciones del instituto. No hay ningún lugar al que no puedan ir, es una de las políticas del director Zomara, pero también hay reglas las cuáles iremos aprendiendo con el tiempo.

Un pequeño sacó un cuaderno para hacer unas anotaciones rápidas. El profesor González comenzó a caminar hacia el impresionante jardín que parecía un arcoíris por las mañanas. Lo bordearon pegados a los grandes muros para protegerse de los imponentes rayos del sol.

—Bien, seguro que más de uno se impresionó al ver el espectáculo que da este jardín al entrar.

Varios niños gritaron que sí y al instante se arrepintieron pues el resto de los alumnos los miraron duramente. Seguramente vendrían de otras ciudades, no sabían las reglas de protocolo mínimas en Hendiro.

—Muy bien, no hay problema, yo también grité la primera vez que lo vi, jeje— dijo guiñándoles un ojo. —Poco a poco irán aprendiendo las reglas de comportamiento que nos rige a los grandes. Ustedes aún son pequeños y les queda mucho por aprender. Como les decía, éste jardín es la segunda impresión que recibimos al llegar al instituto. La primera son los altos muros que nos rodean y han de saber— dijo mientras caminaba nuevamente hacia el extremo este del enorme terreno.— que no son para mantenerlos encerrados. A mi una vez se me dejó salir sin preguntarme

siquiera a donde me dirigía.

Todos los niños hicieron exclamaciones de sorpresa.

—Seguro es porque no tenía a donde ir y no le quedaba mas remedio que regresar—susurró un pequeño a otro al final del grupo que sin darse cuenta, había formado 3 filas de 8 alumnos cada una.

El pequeño que había hecho el comentario se llamaba Theodore Miranda, venía de lo más lejano de Hendiro y siempre había sido algo grosero incluso con sus padres. Era de tez apiñonada y cabello avellana. Sus ojos negros miraban todo con desdén. Le daba igual dónde estuviera. Sus padres ni siquiera habían ido a dejarlo al instituto, lo subieron a un autobús en la esquina de su calle y ni adiós le habían dicho con la mano. Desde que podía recordar, su educación bpsica se la habían dado solo en las escuelas básicas, los profesores eran quienes trataban de corregir su irascible carácter pero no recibían ningún respado de los padres que solo asentían cuando le daban el informe de su hijo. Lo más increíble era la profesión que le habían asignado: arquitecto. A él le gustaba destruir cosas, no construirlas. Seguramente todos los profesores de ahí serían unos metidos al igual que todos los que habían tratado de corregirlo todos esos años. Estaba seguro que sus padres en ése preciso momento estaban festejando el haberse librado por fin de él. Si alguna vez le decían algo era que si seguía así terminaría aislado en algún lugar tan horrible que se arrepentiría al instante.

Estaba seguro de haber llegado a ese lugar horrible. Podría haberse escapado, vagar por el mundo y hacer lo que le viniera en gana, pero conseguir comida sería imposible. Hasta entonces se la habían dado sus padres y a sus padrel el gobierno de la ciudad por el trabajo que realizaban para la ciudad. El no estaba registrado en el sistema como para poner su dedo en el lector de alguna tienda y pudiera llevarse todo lo que quisiera. Para eso tenia que haber terminado el instituto. Eran las reglas. Odiaba esas reglas, pero también era consciente de que no podía pedir algo si no hacia su parte primero. No soportaba su casa, ni su vida, así que si al menos podía tener comida y un lugar donde vivir sin volver a ver a sus padres, iría hasta la punta norte del continente donde no había nada, según sabía.

El recorrido continuó y el miró sobre los muros los rayos que iluminaban el cielo completamente despejado. Podría salir se quería, eso había dicho el profesor. Escuchó vagamente cómo contaba la historia de ese jardín, giró la cabeza al igual que todos cuando les señaló a un hombre algo mayor situado al otro extremo, sentado entre las flores.

—Ese es el mago creador de éste jardín— continuó el profesor—. El señor Figueroa lleva trabajando aquí casi 30 años, y diseñó este y todos los jardines que verán, para que sean un refugio y un lugar de meditación

para las personas. Han de saber que muchas de éstas flores solo crecen aquí, el se encargó de preparar la tierra para que pudieran vivir más de lo normal, para que tengan esos colores tan brillantes y las ama tanto que ellas crecen mas y mas para agradecerle el cuidado que les da.

Era cierto, varios niños comentaron que jamás habían visto ni siquiera una flor silvestre en sus calles, sólo árboles, pero las flores eran tremendamente raras en cualquier parte del mundo, si se les veía era en jardines completamente cercados para que se les viera de lejos. Varios se acercaron a tocarlas y olerlas apenas rozándolas pues tenían miedo de destruir tan delicada belleza. El profesor siguió caminando y dieron vuelta al llegar a un sendero que llevaba de regreso al edificio principal. Sería una tarde muy aburrida, pensó Theodore, que se aseguró de que nadie lo viera cuando decidió cortar una pequeña rosa de color carmesí que bordeaba al resto de las otras flores. Se había clavado una espina al hacerlo, pero aún así, la protegió entre sus manos para que no se deshojara. Había visto una así en un cuento viejo del jardín de niños hacía muchos años y no pudo resistir la tentación de saber si era cierto como sería cuando se abrieran sus petalos por completo. Corrió tras el grupo.

Debía aceptar que su nuevo hogar era bastante agradable. No soltaba exclamaciones de sorpresa como el resto de los tontos de sus compañeros. El gran comedor ya lo conocían, visitaron las enormes cocinas donde saludaron amablemente al afanoso personal que apenas si los miró. Recorrieron piso a piso cada parte del edificio que albergaba solo aulas de clases, bibliotecas y las oficinas administrativas. Le saltó a la vista que los salones de los alumnos más jóvenes eran más animados, pero conforme iban viendo a los más grandes algo se iba apagando en sus miradas. Cuando llegaron al último salón, los que cumplían 23 ese mes y saldrían al mundo, era como entrar a una cámara contra ruido, solo se escuchaban sus lápices rasgar el papel en el que escribían, apenas si se miraban unos a otros, pero era notorio que también eran los grupos más numerosos.

La profesora de ése último grupo era realmente guapa, a diferencia de todas las otras que habían visto en las otras aulas, ésta sonreía mucho, como si tratara de contagiarles su animo a aquellos muchachos insensibles que la miraban como si ella ni estuviera ahí. Por lo que pudieron ver, era una clase de una especie de modales. Esos groseros no tenían ninguno, ¿cómo podían ignorar asi a esa preciosa maestra?

—Disculpe profe— interrumpio un pequeño de la primera fila la explicación sobre los egresados.

—dime, César—respondió con una sonrisa el hombre feliz de que alguien al fin le hiciera una pregunta.

—¿Esa maestra nos dará clases a nosotros también?—Señaló a la profesora Glynda.

Todos se rieron haciéndolo sonrojar. Incluso el profesor lo vio gracioso y se hincó en el piso para tomar al pequeño de los hombros.

—Si tienes suerte, tal vez en algunos años cuando tengas que prepararte para salir a trabajar al mundo. La profesora Glynda enseña como relacionarse en el mundo laboral para ser buenos compañeros de trabajo y a la vez, cumplir con nuestra profesión.

—¿Las niñas de nuestra edad están dando un recorrido diferente al nuestro?—preguntó Theodore.

—¿Cómo?— dijo con el rostro extrañado el profesor González levantándose para saber de donde provenía la pregunta.

—Las niñas; vimos muchas que parecían de nuestra edad en el comedor. ¿Ellas están viendo la escuela también? ¿No hay clases mixtas en este instituto? Por que yo veo a varias en ese último salón.

Por primera vez el resto de los niños había notado que en realidad no habían visto llegar a ninguna con su grupo por la mañana.

—Tal vez ellas llegan después de nosotros— Se aventuró a decir otro niño rellenito a mitad de las filas.

—¡Yo ya quiero conocerlas! Para no extrañar tanto a mi hermanita, nació hace apenas tres meses y es muy bonita—dijo otro más.

Comenzaron a hablar cada vez más y el profesor tuvo que poner orden.

—Niños, silencio.

Obedecieron al instante y se formaron perfectamente otra vez. El profesor carraspeó para aclararse la garganta.

—No han visto niñas, porque no ingresaron niñas éste mes al instituto. Las que había en el comedor tienen aquí al menos dos meses y las verán en algunas clases que tendrán en común por la profesión que les ha sido asignada.

Hubo exclamaciones de desilusión entre la mayoría.

—No se sientan mal, pueden conocerlas de todas formas en los recesos, al finalizar las clases o los domingos. Pueden ir a presentarse con ellas cuando quieran, no esta prohibido que hagan amigos nuevos —. Les sonrió —. Continuemos. Veremos ahora la parte trasera del instituto, que

es la más divertida porque es donde pasarán todo su tiempo libre si así lo quieren.

¿Cómo podía ser posible? ¿Ninguna niña en un grupo? A todos los niños se les hizo de lo más extraño. Tal vez las que habían cumplido los 8 años el mes anterior habían sido enviadas a otra institución, pero eso era triste, le quitaba diversión a estar encerrado ahí tanto tiempo. Era divertido jugar con ellas e incluso molestarlas un poco en las escuelas externas y tener que buscar alguna para hacerlo sería una tarea difícil. Siguieron en silencio al profesor que los introdujo al parque que dividía los condominios en dos grupos. Tal como ya se imaginaban, los de la izquierda eran para varones y los de la derecha para mujeres. Todos seguían pareciendo totalmente deshabitados y en el parque, aparte de la voz del profesor González, solo se escuchaba el moverse de las hojas. Ahí también había flores, aunque en mucho menos cantidad que el frente de la sociedad. Había bancas dispuestas por todo el sendero y en algunas partes se ramificaba para llevar a mesas de descanso entre la sombra de los árboles. Todo parecía ser de piedra blanca, para no quitarle el protagonismo a las cosas verdes, pero también le daba a todo un aspecto más frío.

Muchos agradecieron apenas entrar entre la sombra protectora de los innumerables árboles, el calor era muy fuerte y entonces entendieron porque la piedra parecía tan fría, todo el año ahí hacía calor y era la única forma de mantener frescos a sus estudiantes. Los condominios estaban hechos de la misma piedra y por eso no había necesidad de instalar aires acondicionados, ni siquiera ventiladores en los techos para mantener las habitaciones frescas y todos pudieran dormir tranquilamente. Vieron un grupo de estudiantes al parecer de diferentes edades haciendo algún trabajo de campo guiados por un profesor ya muy mayor que los saludó con una sonrisa al pasar. Esa debía ser una de las clases para la profesión, ¿para qué se estarían preparando todos esos alumnos? ¿Botánica? ¿Jardineros? ¿Especialistas en suelos? Cada uno sacaba sus propias conclusiones mientras avanzaban en su recorrido.

Muchos pensaban que la escuela terminaba tras los condominios, pero para su sorpresa, era un gran campo abierto. Hierba color dorada hasta donde alcanzaba la vista y se movía suavemente mecida por el viento, se veían algunas partes techadas por aquí y por allá.

—Es nuestro sembradío de cereales— dijo el profesor —. Mucho de lo que comerán en el instituto es producido por nosotros mismos. Hay toda una granja ahí, incluso animales de consumo humano, que como saben, no quedan muchos así que si a alguno de ustedes les gustan los cerdos o las vacas, pueden ir a visitarlos cuando gusten. Siempre se agradece un poco de ayuda para limpiar sus establos. En éstos momentos deben andar

pastando muy lejos en las colinas que ven a lo lejos.

Continuaron su camino mientras muchos niños cuchicheaban emocionados. La mayoría nunca había visto más que las aves que pasaban volando sobre sus casas o escuelas, y los que si habían visto alguna vez algo más les prometían que les contarían lo que habían visto cuando terminara el recorrido. Vieron además, que las partes tejadas no eran los establos, como habían supuesto en cuanto les hablaron de los animales, sino áreas para hacer deportes.

—Hay muchos alumnos que necesitan liberar energía de forma diferente a los otros. Necesitan hacer ejercicio extra al día. Tenemos nuestras clases de educación física, pero para algunos no es suficiente, así que pueden usar las albercas, las canchas o lo que necesiten para realizar ejercicio.

—¿Por qué practican deporte si las competencias ya no existen?— preguntó un niño larguirucho de lentes que se rascaba constantemente la oreja.

—Por que no sólo es bueno para el cuerpo, a muchos les relaja la mente después de un arduo día de estudio y trabajo en la escuela. Nadie lo hace ya para demostrar que es el más rápido o el más fuerte, lo hacen para sentirse mejor.

—¿Qué sentido tiene jugar con alguien un partido de tenis si no se sabe quién ganará?— refutó el mismo pequeño llamado Omar.

—Si que lo saben. Llevan la cuenta de los puntos como lo marcan las reglas, simplemente no les importa quien ganó, solamente cuantos puntos pudo hacer y en qué condiciones terminó el partido para saber en qué debe mejorar para la próxima vez.

—¿Hay alguien que haya sido elegido para ser un deportista profesional?

Todos se giraron al escuchar aquella pregunta. Nadie conocía a ningún deportista, solo personas que hacían un poco de ejercicio en las calles o en sus propias casas.. El que había hablado era Theodore. A él le hubiera gustado dedicarse sólo a los deportes, el que fuera. No tenía ningún problema para aprender a jugar a la perfección el que le mostraran, aunque no sabía nadar aún y quería aprender.

—No— contestó el profesor y el resto de los niños hicieron un sonido desanimado. —Porque ya no es considerado una forma de beneficiar más a la sociedad que a uno mismo. No está prohibido que se lleven a cabo eventos deportivos como mero entretenimiento y esparcimiento, pero ya muchas personas ni siquiera salen a correr antes o después del trabajo, así que supongo que por eso la IA ya no lo asigna. Sé que en un principio

lo hacía pero desaparecieron esas profesiones hace varias generaciones.

—Todas las profesiones divertidas han desaparecido— dijo Theodore mirando retadoramente a quien sería su asesor por los próximos 15 años.

Quería dejarle bien claro que las cosas con él no serían nada fáciles. Pero en cambio, recibió una amplia sonrisa del hombre.

—Si, es cierto. Desaparecieron muchas profesiones que ya no necesitábamos para seguir viviendo, pero también podrás encontrar diversión en la que te ha sido asignada, ya verás.

Los otros niños se relajaron ante la respuesta y esperaron varios segundos a que Theodore refutara con algo más. Ya sabían desde que lo vieron la primera vez que era de esos niños rebeldes de los que les habían hablado sus profesores y padres que encontrarían sin duda alguna al ingresar al instituto y lo mejor era alejarse de ellos si no querían atrasarse en su educación. Todos habían recibido la profesión que habían anhelado y estaban ansiosos por aprender pero al parecer, ése niño problemático tenía problemas con la suya. Decidieron todos sin decir una palabra que se mantendrían lo mas alejados posible de él.

El recorrido terminó nuevamente en las enormes puertas del edificio principal. Ya eran mas de las 5 de la tarde y su profesor les dio la tarde libre para que fueran a descansar a la parte del enorme lugar donde quisieran, pero tenían que estar listos en la puerta de su condominio a las 7 en punto para ir a tomar la merienda. Apenas terminó de hablar todos salieron corriendo en diversos grupitos en todas direcciones. Menos Theodore. EL profesor lo miró suavemente.

—¿Puedo ayudarte en algo, Theodore?—

—Quiero ir nadar. ¿Dónde consigo ropa para hacerlo?— Su voz era retadora. Era evidente que quería hacer exasperar a ese adulto, que como todos los demás solo sabían poner reglas tontas.

—Puedes solicitar uno en el ala este, en el departamento de ropa que vimos casi al inicio del recorrido—. No había nada de molestia ni en su cara ni en su voz.

Iba a ser un contrincante duro. No le interesaba hacer migas con otros niños, eran igual de tontos que todos los que había conocido hasta entonces, los que hacían más divertido todo eran los mayores que tarde o temprano perdían la paciencia con él. Caminó en dirección al edificio pasando al profesor sin siquiera mirarlo.

—De nada Theodore. Que tengas una relajante sesión de natación.

Teodore lo sintió como una burla, pero al girarse a contestar el profesor se había esfumado. ¿Dónde diablos se había metido en tan poco tiempo? Seguramente sabía que no sabía nadar y había dicho aquello para restregárselo y echarle a perder la cara. Lo tenía decidido: le iba a hacer la vida imposible a ese adulto insoportable, insoportable como el resto de los adultos que conocía. Reanudó su camino en busca de un traje de baño o lo que fuera que dieran ahí para nadar. Él se había propuesto aprender, y lo iba a lograr sin ayuda de esos papanatas. Les iba a demostrar que no iban a hacer con su vida lo que quisieran. Si el quería pasársela nadando o tomando el sol el resto de sus días iba a hacerlo.

Podía ver el letrero colgante del techo con imágenes de siluetas de ropa, ahí debían de haber solo costureras pegando botones y subiendo dobladillos a la infinidad de aburridos uniformes que usaban cada día los aburridos alumnos y profesores de ese aburrido instituto. Comenzaba a arrepentirse de haber acudido por su propia cuenta a su encierro. Debíó irse a vagar por el mundo, podría tomar comida de los campos, podría vivir de fruta solamente o lo que fuera que creciera en los árboles. Casi llegaba a la puerta abatible dándole vueltas a la idea de salir por la puerta de enfrente y no regresar jamás. Empujó con fuerza hacia adentro para buscar a alguien que le diera lo que necesitaba. Ya estaba listo mentalmente y tenía bien escogidas las palabras con las que exigiría lo que necesitaba para ir a nadar al montón de costureras que habría dentro, pero la puerta chocó con algo y se la regresó con más fuerza haciéndolo caer sobre su trasero.

Se levantó hecho una furia y jalo la puerta hacia él dispuesto a hacerle frente a quien lo había humillado de aquella manera. Para su sorpresa, no había adultos en ese lugar, eran niños y niñas de todas las edades trabajando sobre telas en larguísimas mesas y con tanta luz que parecía medio día. Del lado de la puerta que sostenía sin saber contra quien descargar su rabia lo miraba furiosa una niña de tez apiñonada y los ojos más hermosos que había visto, de un color como la miel que no había visto antes. Se quedó sin palabras. Era más alta que él y su cabello parecía arder con la luz que le daba por detrás.

En verdad existían los ángeles que había visto alguna vez en un libro y estaban hechos de fuego. Sabía que si lo tocaba se desharía, tal como había leído en aquella ocasión.